

material empleado, la calidad de las ilustraciones y el diseño de la tapa con ventanillo que deja ver el título impreso en la hoja siguiente. Sólo la contracarátula escapa a este cuidado, pues retrata al autor con tinta endeble, monocroma, de litografía inacabada, que parece a la espera del pigmento que le otorgue rotundidad.

La denotación de "bosques" está reforzada por la iconografía: árboles en cada esquina de la tapa y un círculo, con remembranza de lupa, que detalla un follaje tupido, impenetrable. "Bosque", por otra parte, soporta una rica variedad de connotaciones propiciadas por la literatura y el folklóre, entre las que la lectura tratará de ubicar el sistema de significaciones del libro.

"Nubes", "Aves", "Rocas" y "Aguas" son las cuatro secciones del poemario y sus significados inmediatos remiten al hecho empírico: esas realidades "van" con bosques; hay pertinencia. Los veinticuatro poemas del libro, a su vez, contienen los nombres de incontables seres y fenómenos de bosques y de realidades contiguas. Ciertos nombres, como plantas, flores, ríos, peces, aire, aves y otros aparecen repetidos muchas veces a lo largo del poemario, o al menos redundando en el significado de nombres anteriores. Así el poemario busca saturar la significación primera de "Bosques".

Una justificación por la vía connotativa del nombre del poemario se da a nivel de la gramática del texto. La lectura del primer poema, "Para el principio del tiempo", es suficiente para dar cuenta cabal de esta relación, pues nos introduce en una "selva" gramatical, exuberante, indócil, donde casi se pierde la orientación ante una sintaxis quebrada, casi nula, que hesita entre diferentes personas gramaticales:

"ni asomado ni girado
sólo la luz surcamos la maña-
 (na
y tu cuerpo arreció un cielo
 (rojo
las palabras huían su vientre

plateó hubiéramos salido
encima brotaban aires
giró nubes el otoño
ascendimos. . ."

En el poema (en el poemario) casi no hay adjetivos. Verbos sí, en demasía, lo cual refuerza la asociación de sentidos permitida por el título del poema: "En el principio era el verbo", dice Juan en su evangelio y ello sería el motivo del texto. Luego se cae en cuenta de la enorme cantidad de meteoros y seres aledaños que aparecen regidos por el verbo: luz (tres veces), cielo (dos), aires, nubes (dos), otoño, transparencia, brillo, viento, astros, alba, etc. El campo semántico así instaurado trasciende "bosque" y se sitúa en "cosmos". Una nueva asociación con los textos bíblicos permite el establecimiento de la isotopía del génesis. La creación del orbe, el mundo, los seres que lo pueblan y, entre ellos, el

hombre, sería el sentido que, surgido del primer poema, hilvana no sólo la primera parte del poemario, sino también el libro entero. En efecto, en todos sus poemas se redunda (siempre con quiebras sintácticas y profusión de verbos) en los seres del cosmos; y, aun, las cuatro partes del libro parecen repetir, a su manera, las instancias de la creación. Una poética del verbo, en suma, con una acción que crea (re-crea, más bien) el mundo, tal es el segundo nivel de lectura que se ofrece estructurado en el poemario. Desde esa perspectiva, la función del poeta es, pues, fundacional, divina.

Sin embargo, una lectura más atenta permitirá el establecimiento de una tercera isotopía, localizada fundamentalmente en la primera parte del libro, consistente en el acceso del hombre a la vida y en su desalojo, por la muerte, para reingresar a la negritud inicial:

". . . hemos palidecido
rodarán nuestras cabezas no
 (nos.veían
entonces descendimos comien-
 (zo del fin

no podemos más aire ennegre-
(ces. . ."
("En el comienzo del fin")

Apoya esta lectura la presencia de mensajes en que juegan rol fundamental los nombres: cuerpo, vientre, salir, brotar, rodillas, bañar, tetillas, etc. que en el primer poema perfilan el significado de nacimiento, y el juego de las oposiciones entre los poemas inicial y final de la primera parte del libro:

luz / oscuridad
ascenso / descenso
(potencia) / impotencia
"sin un pasado" / "(con un) pasado"
etc.

Entre ambos poemas se dan nueve signados con romanos que, sucesivamente, consideran las distintas etapas del hombre en su desarrollo. Este decurso vital está apoyado en la simbología de las horas del día (lo cual constituye isotopía nueva, si bien se ve) y es metafórico con ayuda de los inventarios del cosmos y la naturaleza boscosa ya vistos. Pero hay un poema, "Montes", el más largo de todos, que agrega un nuevo inventario de nombres (ayacones, candelillas, lechuza, ñija, tucos, etc.) en predicaciones que delinear otro nivel de lectura, el de la sensibilidad ante la experiencia provinciana cargada de ricas sugerencias.

Todas las líneas de lectura hasta aquí vistas (y otras más) constituyen un montaje de sentidos que revierten en el nombre del poemario, **Bosques**, justificándolo ampliamente y propiciando así la coherencia semántica del conjunto. Una coherencia que, todavía, se agrega un valor, el de la belleza; la cual es anhelada en versos iniciales que dan una cierta clave de la organización sintáctica del poemario ("hija dónde/ de perra belleza/ diablos/ despuntabas"), pues permiten una reconstrucción basada en las frases hechas y las expresiones del pueblo (belleza, hija de perra, ¿dónde diablos despuntabas?). Un va-

lor, en fin, que el poeta es consciente de haber logrado, cuando al término del libro, en "Movimiento final" expresa:

"despuntó belleza dame tus
(alas. . .
. . .nos abandonamos
fuimos
o
soñábamos!".

Raúl Bueno Chávez

Ortega, José: **LETRAS BOLIVIANAS DE HOY: RENATO PRADA Y PEDRO SHIMOSE**, Buenos Aires, Fernando García Cambeiro, 1973, 118pp.

Sin duda, como lo afirma José Ortega en la primera línea del libro que reseñamos, "la literatura boliviana es una de las menos conocidas en Latinoamérica"; por consiguiente, los estudios que contribuyen al mejor esclarecimiento y difusión de esta literatura marginada, y sin embargo valiosa, resultan siempre de gran utilidad.

Ortega, que es un buen conocedor de la compleja problemática social y cultural boliviana, ofrece en este libro el estudio de la obra de dos de los más importantes escritores bolivianos de las generaciones más recientes: el narrador Renato Prada Oropeza (Potosí, 1937) y el poeta Pedro Shimose (Riberalta, 1940). La cuentística de Prada, reunida en **Argal** (1967), **Al borde del silencio** (1969) y **Ya nadie espera al hombre** (1969), es estudiada por Ortega desde una perspectiva fundamentalmente temática y en referencia al esclarecimiento de los problemas de conciencia que expresan los personajes; en lo que toca a las novelas, el autor dedica dos capítulos a **Los fundadores del alba** (1969, Premio Casa de las Américas) y uno a **Larga hora: la vigilia**, novela que Ortega conoce en manuscrito. **Los fundadores del alba**